

EL OFICIO DE VIVIR EL OFICIO DE MORIR

NANDO CORTÉS BLANCAFORT

DIBUJANTE

La vida es “un viaje relámpago en el que se cruzan fugazmente la operación salida y la operación retorno”.



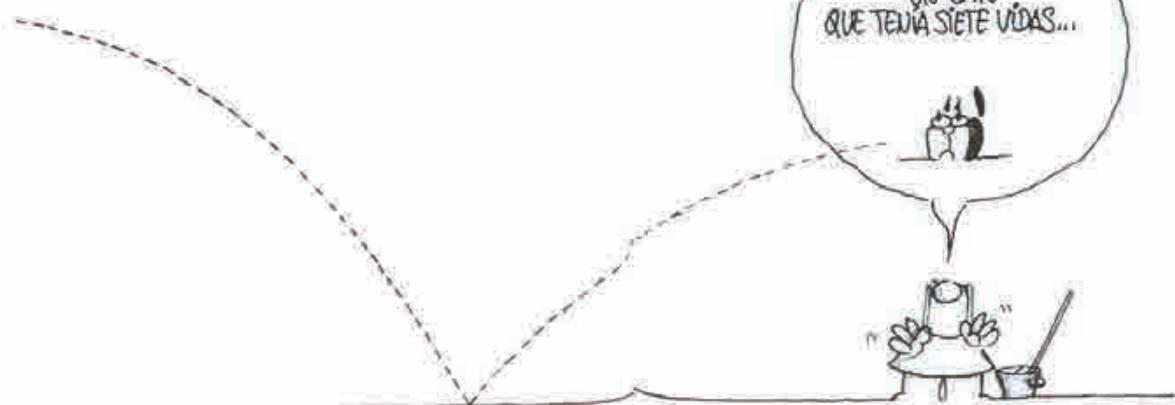
Digan lo que digan las agendas de los vivos y las esquelas de los muertos, la vida es un fin de semana. Un viaje relámpago en el que se cruzan fugazmente la operación salida y la operación retorno.

Y para este instante efímero no cuenta tanto la filosofía de los sesudos, como la vivencia sencilla y cotidiana de una utopía en zapatillas que nos haga felices.

El oficio de vivir y el oficio de morir se avienen como las dos caras de una misma moneda = vivir y enfrentar, descubrir, valorar y resucitar sobre la marcha el poso amargo que queda cuando se apura de un trago la vida.



EL OFICIO DE VIVIR



También tenía ojos verdes, bigotes largos, orejas tiesas, uñas afiladas y un rabo muy estirado. Pero sobre todo, tenía siete vidas que guardaba celosamente en una caja de cartón.

El gato estaba encantado con su preciado tesoro y miraba con desprecio la vida efímera de cuanto nacía y moría a su alrededor. Se sentía distante y distinto. Nacido para la inmortalidad, estaba dotado para la gloria.

Lejos de la vida vulgar y desconocida del resto de los mortales, cada noche soñaba a todo color aventuras alucinantes, persiguiendo ratones verdes en el país de los tejados rojos. Pero, ¡ay!, al despertar, cada día, comprobaba desolado que las cosas no habían cambiado y que su vida sólo era un sueño de color gris.

Por eso el gato Félix que tenía siete vidas no era nada feliz.

Así que un día que amanecía lluvioso, decidió convertir sus sueños en realidad. Le reclamó a su padre la parte de su herencia y, juntando todas sus vidas se marchó a un país lejano (las orejas atentas, las pupilas dilatadas, los bigotes tensos), y mientras echaba la vista atrás, se dijo a sí mismo:

-¡Soy rico, soy libre y tengo siete vidas por delante!

Y emprendió una frenética carrera en busca de los ratones verdes.

Al fin llegó al país de sus fantasías. Allí dilapidó todas sus vidas subiéndose a los tejados, saltando a los patios, encaramándose a las terrazas y bajando a los sótanos y a las cloacas... Fue inútil. Ni los tejados eran rojos, ni había ratones verdes. Sólo tejas en-

mohecidas y los pequeños roedores grises, vulgares y cotidianos que siempre había despreciado.

Y las cosas fueron mal. Y el gato de las siete vidas tuvo que apechugar con las cuatro raspas que asomaban malolientes entre las basuras.

Hasta que un día, entrando dentro de sí, descubrió un rostro en el espejo de sus aguas removidas. Era su propia imagen, tan desconocida como fascinante: ojos verdes, bigotes largos, orejas tiesas, uñas afiladas y un rabo muy estirado... Y saltando sobre sus sueños, volvió sobre sus pasos.

Tal vez la felicidad -le preguntó al camino- no estaba en un país lejano. Quizás no había que viajar tanto para buscar lejos lo que tenía cerca, o para encontrar fuera lo que latía dentro. Quizás la vida sí estaba en las pequeñas raspas de cada día -le contestó el camino-. Y quién sabe si ese feliz descubrimiento -convinieron ambos- sólo podría guardarse en una caja de cartón...

Y el cuento volvió a empezar.



EL OFICIO DE MORIR



Le llamaban «el Buitre» porque se pasaba la vida rondando la muerte.

Llevaba siempre una camilla plegable en su todoterreno y cada tarde, a la salida del trabajo, llamaba a la puerta de sus vecinos para ofrecerles en vida un servicio gratuito de «autopsia preventiva»...

Naturalmente, la mayoría de los mortales le despachaban con cajas destempladas, irritados por una broma de tan mal gusto.

—¡Largo de aquí, granuja, insolente, miserable, farsante, carroñero!... -le increpaban con el rostro desencajado.

Pero él no se alteraba lo más mínimo. Sabía que no habían entendido la propuesta y que ni siquiera eran conscientes del estado alarmante de sus vidas. No podían barruntar, por tanto, las bondades intrínsecas de un servicio tan singular llamado a desvelar las causas de sus muertes prematuras.

Y continuaba su camino, pulsando los timbres de otras viviendas. La historia se repetía. Solo había que verlos asomados a la ventana. Pálidos, demacrados, agónicos... ¿No estaban ya más muertos que vivos quienes ignoraban que el simple miedo a morir puede ya matarnos la vida?... No había estadísticas fiables. Pero no se trataba de casos aislados. Era un cuadro general que convertía los barrios en cementerios y las casas en nichos.

Diríase que para muchos la vida solo era un quirófano, donde apenas recuperados de un parto eran congelados para la autopsia.

Solo la señora María le abrió la puerta aquella tarde, para ofrecerle sin más una taza de café.

—Son ochenta y seis años, hijo..., ¿qué más puedo contarte?

—Nada, señora María-replicó él-. La historia no se escribe con palabras, sino con hechos, día a día. Se muere en un segundo, pero es el último segundo de muchos años...

Bebieron un sorbo.

—¿Qué importará la gota que rebosa el vaso? ¿Cuál es en realidad el último suspiro? ¿Cuándo dejarán de existir los que ya no viven o no dejan vivir?... Créame, señora María, llevo años observando a la gente, tomándoles el pulso sobre la marcha, buscando en sus rostros la fecha de caducidad, intentando penetrar su código de barras, como quien traspasa los barrotes imaginarios de una jaula que los recluye.■



PARA SABER MÁS

-NANDO, *El oficio de vivir*; PPC, Madrid, 1999.

-NANDO, *El oficio de morir*; PPC, Madrid, 2004.